

Cuadernos

para

el

Tren



Abril 22

SUMARIO

Textos

Presentación (JARomán).....	pag. 4
Consternación (María Jesús Mingot).....	pag. 7
Es tiempo (JARomán).....	pag. 8
Cuarto vino (La rebelión de los Inmortales, cap.2) (Venancio Díaz Castán).....	pag. 10
Otros poemas (Víctor Galán).....	pag. 17
¿Lo entiendes? (cap. 2) (Ana Herrador).....	pag. 20
Laberintos invisibles (Jualia Guzmán).....	pag 30
El concierto de Año Nuevo (JARomán).....	pag. 32

Imágenes de JARomán



Una vez más os damos la bienvenida a un nuevo número de Cuadernos para el Tren. En él podréis seguir las peripecias que Venancio Díaz Castán nos narra de los Inmortales con una prosa tan fluida que hace parecer a los lectores que escribir es muy fácil. Ya conocéis a los Inmortales de los anteriores números, personajes de carne y hueso, aunque algunos, desgraciadamente, ya nos hayan dejado. Con ellos nos tomaremos el cuarto vino. Sí, vino, volvió M^a Jesús Mingot, ya con más libros publicados, con una poesía más evolucionada pero con el mismo poso filosófico y emocional que cuando publicaba en esta revista. Como el vino con el tiempo mejora. En esta ocasión nos trae el poema social “Consternación”, de temática muy actual, que forma parte de su último libro “La Marea del Tiempo”. Pero no sólo ella mejora, también podéis comprobarlo en el poema-reflexión que Julia Guzmán nos trae a partir de una simple hormiga y en la vuelta a la poesía de Víctor Galán con unos delicados poemas que él mismo parece quitarles importancia al englobarlos en el poco llamativo título de “Otros poemas”.

También podréis terminar la interesante historia de Ana Herrador, “¿Lo entiendes?” que ya pudisteis leer la primera parte en el número anterior. Finalmente, aunque esté algo feo, haré mención de mí mismo que hago lo que puedo aportando un poema “Es tiempo” con el que felicité Navidades y Año Nuevo a muchas personas, pero que también viene muy a cuento en el momento que nos ha tocado vivir. Además colaboro con un texto que relata algo personal disfrazado de relato corto.

Cómo esta revista no sólo es de literatura sino que también quiere resaltar el arte visual, añado unos cuadros inspirados en algunos poemas del libro “La Marea del Tiempo”.

Pues nada más tengo que añadir, sólo que lo disfrutéis tanto como nosotros haciéndolo.

JARomán



Consternación

Es no, y pagas con tu vida;
y es no,
y ha de venir envuelta en sangre tu palabra
para que tu inocencia
no se vea manchada por siglos de sospecha,
por ser mujer y joven,
y pasear a solas, bebiéndote la luz,
con tu mirada clara
que, miserablemente, una escoria sin alma sofocó.
¿Acaso no escucháis cómo llora la tierra ensangrentada,
cómo el recelo cómplice arropa a la alimaña
que en celo se escabulle?
Tú, que argumentos pediste a la cierva
herida por la flecha,
soporta ahora si puedes
la pavorosa prueba
del silencio.

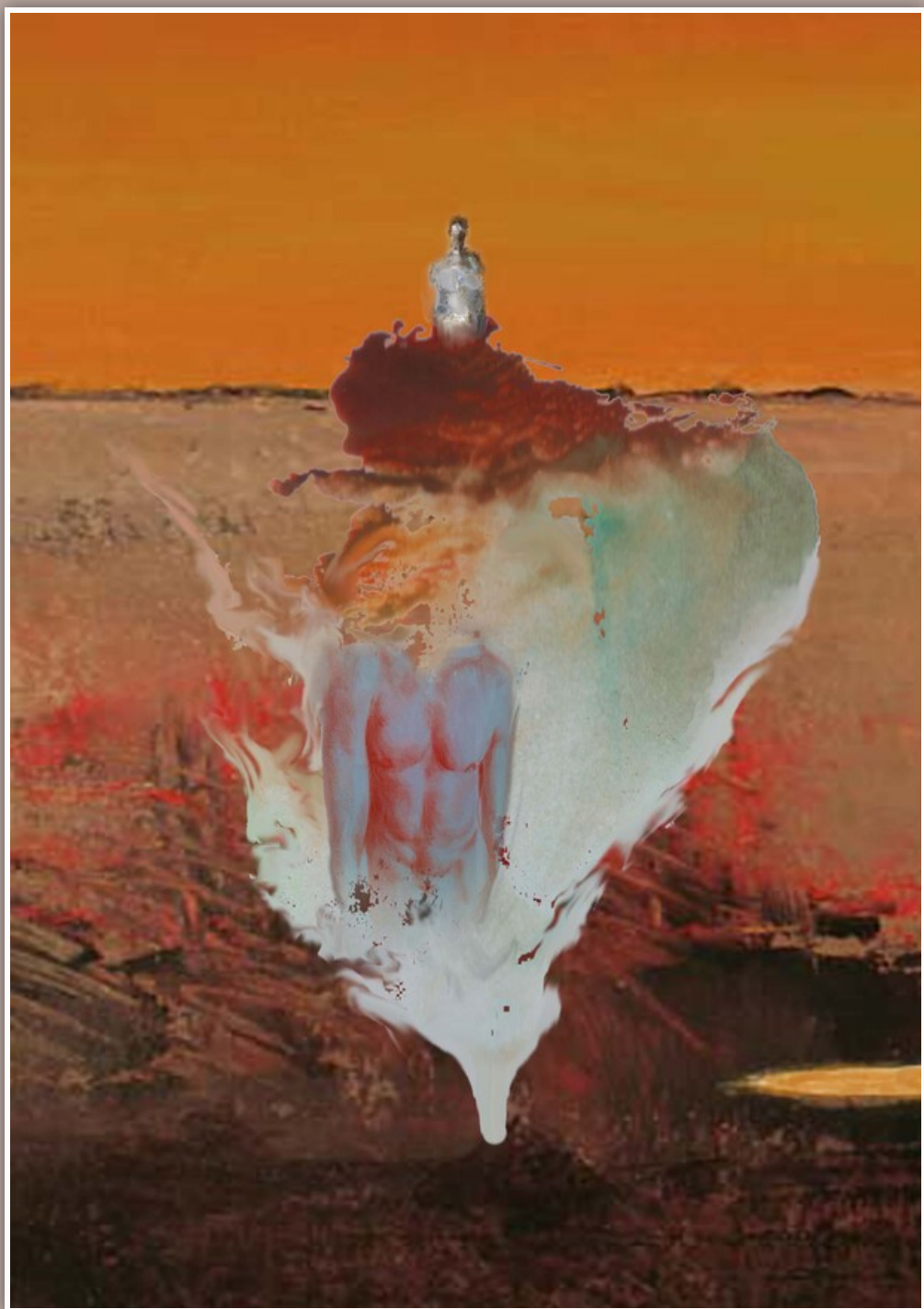
María Jesús Mingot

Es tiempo

Es tiempo de
no sólo mirar hacia arriba o hacia abajo,
también hacia adentro,
y allí,
descubrir la orografía de las emociones olvidadas
o incrustadas en las heridas
o forzadas a ser nómadas en la oscuridad.
Tiempo para liberarlas
y hacerlas llegar a nuestro entorno.
Y como recompensa
recibamos esa levadura del amor
que son los besos y los abrazos.

Es tiempo para ser felices en el hueco
que nos haya preparado la vida.

JARomán



(De "La Rebelión de los Inmortales", Capítulo 4)

Cuarto vino

Carlos es un asilado político de San Lorenzo de El Escorial, que es realmente su lugar natural de residencia y donde habría de consumir los caldos, pero lleva de baja un tiempo y no quiere que le vean por allí por aquello del qué dirán. Bueno, eso fue al principio, porque ahora forma cuerpo indisoluble con la peña y tiene el mercado municipal como refugio a prueba de asechanzas y malas intenciones. Camina a pasos cortos e indecisos y apuntala su oscilante edificio con un bastón que le regaló Patafina en un gesto de caluroso desprendimiento, que siempre es conveniente llevarse bien con los médicos y nunca se sabe cuándo pueden hacer falta. Carlos es médico reumatólogo, jefe de servicio del hospital; ha sido profesor en la Complutense, presidente de la Liga Reumatológica Española y especialista de reconocido prestigio, pero, por encima de todo, es y ejerce de comunista de piñón fijo, de los de *salud camarada*; y buena falta que le hace la salud porque, para los años que tiene, nadie lo compraría en una feria; algo de la médula en las cervicales que le hace perder la estabilidad y caerse. El conocimiento y la relación vienen de haber tratado a Jaimecorral en el hospital y del descubrimiento de pasiones políticas coincidentes; de modo que, al reconocerse a sí mismos como escasos y en trance de desaparición, del trato médico-enfermo pasaron al de amigos e integrantes de la peña del mercado. Coinciden ambos también en tener un talante generoso y desprendido, proclive a comprender y a participar ayudando en cualquier gesta imposible que consideran justa.

La militancia rebelde, y la estética marxista que requiere, le hacen gastar barba descuidada castrista, gorra obrera y ropa desenfadada.

A Carlos le gusta ser cicatero con Jaime de la Fuente, por la manía que tiene éste último de emitir juicios atropellados de contenido nazi-fascista. El pobrecillo tiene sentido de propiedad sobre España y no se da cuenta cuando dice:

—Estos moros, donde estaban mejor era en su país. Si no queda más remedio que aceptarlos, pues bueno, pero te digo: a la primera que hagan, en vez de meterlos en la cárcel, que nos cuesta dinero a todos, se les manda a su casa y sanseacabó. Te digo lo mismo de los drogatas: campo de concentración y que se ganen lo que comen trabajando. Y al que mata, matarlo a él. Ya verías qué pronto se acababan los delitos y la inseguridad ciudadana

—pontifica desde lo alto del taburete.

—Ya, ya veo que tú ibas a dejar pocos, como Hitler —apunta Carlos.

—Ya empezamos, joder. A ver si te piensas que Stalin no mató a unos cuantos. Claro que eso no lo reconoceréis nunca. Lo que yo digo, a ver si te enteras, es que tiene que haber una ley y un orden y, a los que no lo cumplan, duro con ellos.

—En el más puro estilo facha, ¿verdad?

—¡Hay que joderse, Carlos! No me toques las narices y vamos a tener la fiesta en paz. Pero la paz le gusta tan poco a Jaime como a Carlos.

—¡Alto la discusión, coño! —tercia Chamochín.

Amenaza con un chiste para quitar hierro al asunto, y va y lo cuenta.

Jaime tiene ideas peregrinas sobre el papel de las mujeres en el

mundo y sobre la desigualdad con que Dios ha dotado de inteligencia a las diferentes razas y sexos. Y no es por haber leído a Möebius, que es ya muy antiguo, sino por descubrimientos científicos que se saca de la manga. Echa mano de teorías evolucionistas y de argumentos propios del doctor Mengele, que la comunidad científica ha rechazado hace tiempo, y su sola mención escandaliza a las personas decentes.

El caso es que luego Carlos tiene delicadezas con él, pero siempre intencionadas, como el día que le regaló por su cumpleaños el libro de Pío Moa sobre la Guerra Civil. Pero ya no le insta a que reconsidere sus puntos de vista; lo tiene por un caso perdido; es más, sospecha que, en caso de golpe de estado, Jaime no tendría inconveniente en delatarle. Se supone que lo dice en broma. Jaime de la Fuente tiene esa manera de ser y de pensar por lo mucho que ha tenido que luchar para no resignarse a una derrota anunciada por su intenso deterioro físico. Esa lucha le ha hecho intransigente con los demás; y eso es la derecha además de otras cosas: intransigencia. Lo que pasa es que a Jaime de la Fuente se le puede pasar por alto, aunque a veces cueste trabajo por las cosas que dice. Peor es cuando se es así por deporte y por ganas de medrar.

Carlos habla dulcemente, con su poderosa testa escorada a un lado y apoyándose en un “¿eh?” al final de cada frase. Su espíritu docente le impulsa a ser didáctico y motivador. Lo que más le gusta es tener amigos y poderles agrandar, aunque le salga mal, pero lo que vale es la intención. Haciendo alarde de buen cocinero, quiso un día preparar un “*bacalao migao*” al estilo donostiarra con el que iban a chuparse los dedos. Se fijó el día y el lugar: un martes en casa de Jaimecorral.



Allá que se presentó el grueso de la peña, a excepción de Jaime de la Fuente, que rechazó por motivos políticos; no quería que se pudiera pensar en el pueblo que él, el imparcial, acudía a según qué contubernios. La mesa estaba a rebosar de personal, pues la perspectiva provocó que se apuntasen las señoras de algunos, amigos, amigas, hijas y algún que otro yerno. En la cocina había ruido de platos, de batir de huevos, de aceite hirviendo en la sartén, de vasos que salen chocando, de cubiertos que se reparten, de servilletas de papel, de pan que se corta, etc; todo el mundo quiere colaborar de algún modo, pero el lugar es angosto y las órdenes del oficiante son tajantes:

—Que se siente todo el mundo. Con dos personas que me echen una mano, basta.

Había intríngulis gastronómico, que estas ocasiones son siempre muy aplaudidas por la peña, todos dados a la buena cocina y al vino. Había venido también Venancio, del que luego se hablará, y tomó asiento al lado de Antonio *Agua y Tierra* del que habrá también noticia. Se abrieron botellas, y el vino corría en abundancia para preparar la ingestión del plato prometido.

El guisado salió en una fuente con la advertencia del cocinero de que tal vez fuera insuficiente para tantas bocas, pero para muestra serviría un botón. Hubo reparto equitativo y minucioso, a fin de que nadie tuviese un miligramo más que el de enfrente y de tal modo que hubiese al menos un par de cucharadas soperas en un sobrio montoncito. Y se pusieron a comer.

Los primeros momentos fueron de silencio expectante, pero dieron lugar a los primeros comentarios.

—Muy bueno, Carlos —dijo alguien con poco entusiasmo.

—Pues sí, muy bueno; algo salado, tal vez —apunta otra.

—Pues yo no lo encuentro nada salado —aporta otra alma caritativa.

Jaimecorral, el amo de la casa, por corrección no se atreve a decir nada, pero con suma habilidad logra despachar su ración entre los platos que se han puesto de aperitivo con jamón y lomo. Mira de reojo a Venancio y le suelta por lo bajo:

—Está infernal (su descalificación favorita)

Venancio, haciendo un esfuerzo supremo se mete entre pecho y espalda la mayor parte de lo suyo, pero no puede evitar dejar algo. Antonio *Agua y Tierra*, con fiereza y lealtad probada al amigo, lo engulle todo con apetito y deja el plato como una patena. Arturo, que ya extrañaba no escucharle, da su opinión:

—Pues yo creo que está un poco rancio; *me quiero referir* a que...

—Es verdad —reconoce Carlos con visibles signos de abatimiento—. Entre las patatas que he traído debía haber alguna rancia y por eso ha salido fatal. No sabéis lo mal que me siento.

(Continuará)

Venancio Díaz Castán



De otros poemas

Sal y camina,
no pares hasta encontrar tu lugar,
ese espacio que permitirá que tu tiempo
sea tu tiempo y tu poder sea tu destino,
y tu destino una flor serena.

No esperes más caricias que las que el sol te dé.
No esperes más ternura que la arena del mar,
que la luna en otoño cuando nos recogemos al abrigo del fuego.
No encontrarás más espuma que los días y más luz que las noches.
No podrás saber dónde se guarda la aurora,
ni dónde se esconde tu espíritu,
dónde anidará la duda que nos mantendrá despiertos.

El murmullo al pasar sobre los cantos rodados.
La sal que cubre la piel.
El color de las mejillas.
El crepitar de la nieve blanda al andar sobre ella.
El olor a humo de leña al bajar del autobús.
El roce de un pañuelo de seda.
El frío tacto del mármol.
El gesto oscuro de la cabeza al mirar.
Ser.

Víctor Galán



(De "Lo entiendes?", Capítulo 2)

La vida de la Familia Ferreiro Nogueira siguió sin pena ni gloria para todos excepto para Andrés, que comenzó a vislumbrar cómo sería su vida si le acompañaba el éxito profesional. Sus años siguientes se centraron no sólo en el hecho de formarse a nivel académico sino también en ser el mejor en todo frente a cualquier competidor que le pudiera hacer la más ligera sombra. Al principio, adaptarse al nuevo entorno, fue la excusa para no volver a su casa, pero transcurrido el primer año siempre tenía algún proyecto que retrasaba su viaje para mas adelante. Las conversaciones con su madre siempre terminaban igual:

Lo entiendes mamá, ¿verdad?, en cuanto todo esté más estabilizado iré a pasar unos días a casa.

- Andrés, tienes una familia y te estás volviendo un desconocido para tus hermanos. Hace cinco años que no te vemos y siempre vas a tener proyectos, tienes que parar, dejar tiempo a algo que no sea estudiar y tener que ser el número uno en todo.

- Mamá, entiéndelo, no puedo ir ahora...

- ¿Ferreiro?, te llaman por teléfono, es desde tu tierra.

- Gracias Susan, pásamelo por favor.

Andrés calculó rápidamente, en España eran las cuatro de la madrugada, algo no iba bien.

- ¿Andrés?

- ¿Mamá?, ¿qué pasa?...no te entiendo bien...deja de llorar por favor y cuéntame qué está pasando...si, claro que te oigo bien, pero si no dejas de llorar no te entiendo...

A trompicones, con lágrimas y sollozos, y entrecortada conversación, Andrés logró enterarse de que su padre estaba en el hospital, su estado era muy grave y los médicos comunicaron a la familia que no viviría más de 24 horas.

- Andrés, tienes que venir a verle, pregunta por ti constantemente... Iré pasado mañana mamá.

- No Andrés, no hay tiempo, ven mañana.

No puedo mamá. Mañana presento el proyecto para la NASA, si no lo hago quedo descartado directamente.

- Andrés, habrá otros proyectos, tu padre no aguantará...

Padre es fuerte, ya verás como si. Iré pasado mañana.

El taxi recorrió la calle principal del pueblo hasta llegar al número que le había indicado el viajero. Asombrado por el silencio que imperaba en el pequeño pueblo el taxista se volvió y con cara de preocupación le preguntó:

- ¿Está usted seguro que esta es la dirección a la que quiere venir?, por aquí no se ve ni un alma, esto es como si le dejara abandonado en pleno desierto.

- Sí, es aquí, no se preocupe.

Andrés se bajó del coche. Es extraño, se dijo a si mismo, nunca ha sido un pueblo muy concurrido, pero que no se vea a nadie...no sé...Alargó la mano hacia el tirador de la puerta y le sorprendió que estuviera cerrada. ¿Desde cuándo su madre cerraba la puerta de casa?¿Podían haber cambiado tanto las cosas en los años que él llevaba sin venir?. Tan absorto estaba en sus pensamiento que dió un respingo al escuchar una voz a su espalda.

- No hay nadie joven.

Andrés se volvió y vio a un anciano que, a un par de metros de él, le miraba con desconfianza. Esbozando la mejor de sus sonrisas se acercó. El anciano titubeo y dió un paso hacia atrás y su cuerpo perdió el equilibrio estando a punto de caer. Ágilmente Andrés le sostuvo sujetándole hasta que recuperó el equilibrio.

- ¿Se encuentra bien?, si quiere busco un sitio para que se siente un poco.

- Estoy bien joven, gracias por su ayuda.

- ¿Sabe usted dónde están todos?

El anciano no contestó. Le miraba fijamente, buceando en el mar de sus recuerdos,, intentando recordar un pasado muy lejano. Asintió con la cabeza y mirándole le preguntó:

- ¿Tú no eres el mayor de la Aurori?, Andresin...

- Sí, soy Andrés. ¿Sabe usted dónde están todos?

El anciano le miró con dureza.. Los pocos segundos que tardó en contestar se le hicieron eternos y su respuesta fue como un puñal que le clavarán en el corazón:

- Sí...claro que lo sé...están en el cementerio, enterrando a tu padre.

Cerró los ojos mientras se tapaba la cara con las manos. No sabía que era peor, si el dolor que le oprimía el corazón o la vergüenza que sentía. Aquello no podía estar pasando, su padre siempre fue un hombre fuerte. Cuando abrió los ojos el anciano ya no estaba, caminaba despacio farfullando para sí algo ininteligible. Al mirar hacia el final de la calle vió que empezaban a llegar algunas personas en grupo. En el centro pudo distinguir a su madre, a quien llevaba agarrada su tío Ambrosio. Volvió a sentir vergüenza cuando no

no fue capaz de identificar a sus hermanos aunque rápidamente se justificó diciéndose a sí mismo que los adolescentes cambian casi de un día para otro.

La comitiva se fue acercando a un ritmo que a Andrés se le hizo eterno. Sus manos se movían inquietas en sus bolsillos y su cabeza daba vueltas a lo que debía hacer o decir. Su madre se detuvo frente a él esperando el abrazo de un hijo que cada día estaba más lejos pero Andrés no se movió. Sus hermanos fueron pasando, le miraban como lo que era ahora para ellos, un perfecto desconocido. Una adolescente de mirada profunda y piernas largas se detuvo frente a él. Le miraba fijamente a los ojos, recorriendo su interior y causándole un terrible desasosiego, le miraba con la tristeza y la decepción que siente un niño al que le han roto los sueños. Andrés no pudo sostenerla la mirada, solo veía la punta de sus zapatos, los zapatos de alguien que, sin saber cuando, se equivocó de camino.

Esperar en el aeropuerto se le hacía eterno. Jugeteaba con el móvil y se quedó mirando la foto que tenía como salvapantallas. Ella, con su maravillosa sonrisa, le abrazaba cruzando sus brazos alrededor de su cuello; él, con gesto pícaro, la miraba de reojo. Recordaba que ella le susurró al oído su frase favorita: “Andrés, si sonríes a la vida, la vida te sonreirá a ti”. Lynda había llegado a su vida para poner el broche de oro a la vida tan maravillosa que le esperaba.

El teléfono solo sonó una vez. Lynda contestó con su voz cálida y Andrés pronto olvidó todo a lo que daba vueltas en su cabeza.



-No, no, aun estoy en España...cojo el vuelo en un par de horas...bien, si, estoy bien, no te preocupes...ya sabes como son estas cosas...si claro, me parece una idea estupenda, hace mucho que no pasamos un fin de semana juntos...no, no se nada hasta el martes. Stevenson me dijo que mi proyecto era el mejor con diferencia, oficialmente no me han contestado pero él me dijo que lo diera por hecho...no sé, no me gusta celebrar las cosas antes de tiempo...claro que sí, podemos hacer una excepción, no va a haber ningún problema...sí, sí, llámales y salimos los cuatro, hace mucho que no les vemos...si por favor, ven a buscarme al aeropuerto...yo también te quiero...nos vemos luego. Un beso.

Cenaron, bailaron, rieron, hicieron planes...una noche inolvidable.

La alarma del móvil le despertó. Abrió los ojos y al principio no supo dónde estaba. Recorrió la habitación con la mirada al tiempo que Lynda se giraba abrazándole. ¿qué día era?, ¿por qué sonaba la alarma del móvil?, sí, se le había olvidado quitarla. La alarma seguía sonando cada vez más alto. Andrés extendió la mano para coger el móvil. ¿dónde está?, se dijo a sí mismo, lo tengo al lado y no lo encuentro. Please, Andrés, turn off the alarm.

La alarma sonaba cada vez más alta. ¿Por qué no podía coger el móvil? Lynda volvió a darle un codazo. No hubo respuesta. La alarma del móvil cada vez sonaba más alta. Lynda encendió la luz y la angustia invadió su cuerpo.

La ambulancia recorrió la Avenida Lincoln hacia el hospital. Las calles estaban desiertas y el sonido de la sirena quedó en el aire como acordes

rotos. Análisis, radiografías, scanner, nuevos análisis...el médico de urgencias, el internista, el neurólogo, el radiólogo. Un día largo, un día en que las horas se confunden, un día que te das cuenta que la vida te ha puesto patas arriba.

- Andrés, recuerde, un parpadeo largo es sí, dos parpadeos cortos es no. Si, me encontraba bien ayer; no, no he tomado ninguna droga; no, no me duele nada...

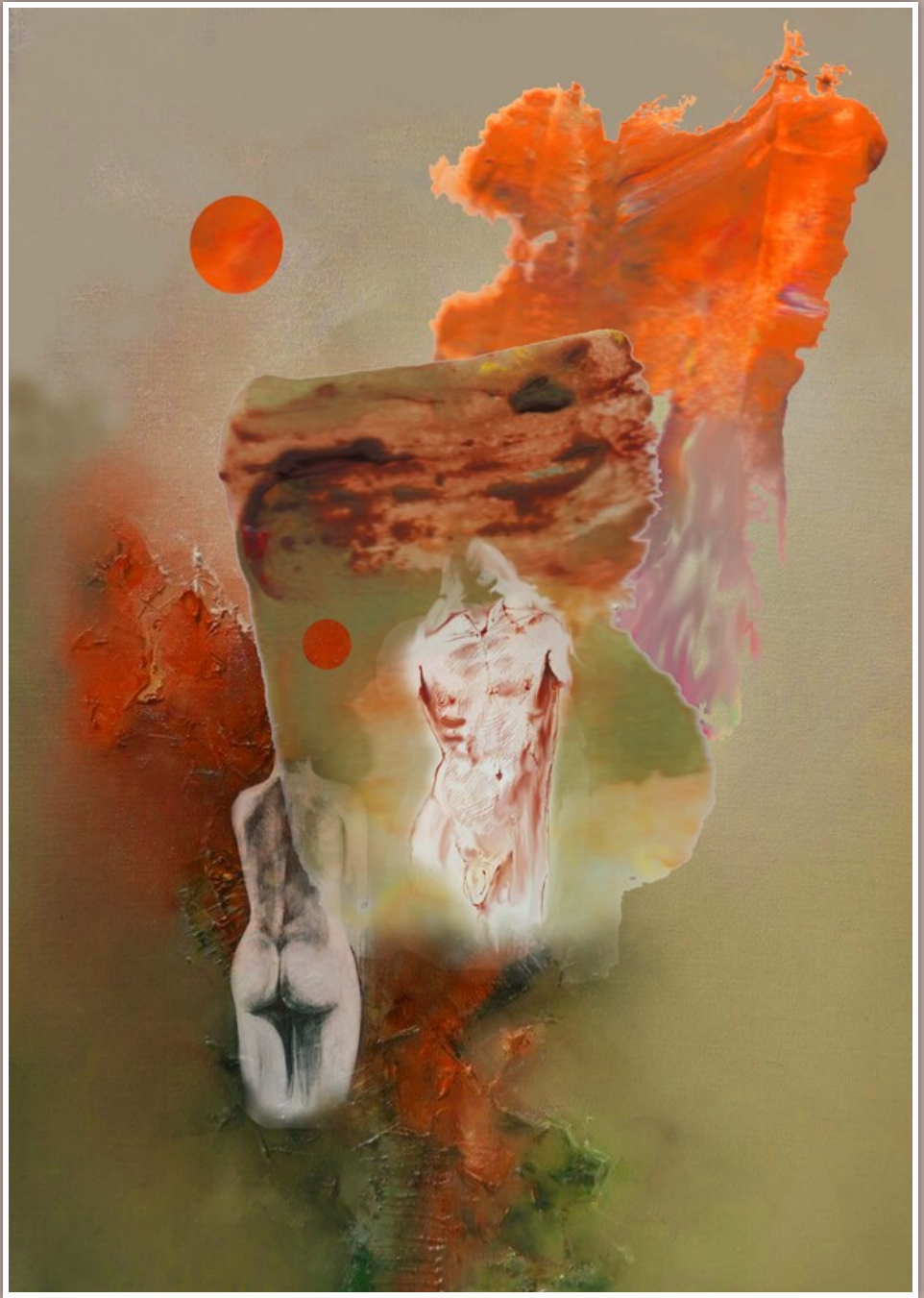
El Senador Evans entró con su hija Lynda al despacho del director del hospital. Tres médicos le acompañaban. La gravedad de sus rostros no presagiaba nada bueno. La conversación fue corta pero concluyente. Andrés estaba totalmente orientado en tiempo y espacio así como en pleno uso de sus facultades mentales. Sufría un proceso, seguramente viral, que había paralizado su cuerpo desde el cuello hasta los pies al tiempo que le impedía hablar. No podían decir cuanto tiempo duraría: una semana, un mes, quizá toda la vida.

La puerta de la habitación se abrió y alguien entró. Andrés no podría verle hasta que diera seis pasos, los había contado cada vez que llegaba alguien. El visitante se quedó parado durante cinco minutos. Dio seis pasos y se situó frente a la cabecera de la cama. Tamborileaba con los pies y la cabeza gacha. Stevenson, el director de nuevos proyectos de la NASA, le miró y negó con la cabeza.

Una lagrima furtiva se escapó de los ojos de Andrés. No tuvo que decir nada. Andrés lo entendió todo.

Ana Herrador







Laberintos invisibles

Estaba sentada y plácida al sol que entraba por la ventana
Sin nada que hacer y sin una idea que rumiar
Con la mirada perdida en las rayas de la alfombra
Y la vio.

Era una hormiga diminuta arrastrando una miga gigante de pan
¿Dónde se supone que iba por estos derroteros impropios?

¿De dónde venía?

¿Cómo acabará su descarriado esfuerzo?

La siguió durante unos minutos

Deambulaba por un laberinto imaginario

Iba y venía sin encontrar la salida.

Al rato se olvidó de ella.

Y siguió disfrutando del sol templado

Sin encontrar una carga que mereciera la pena soportar.

La insoportable levedad del ser de Kundera

Le arañaba la memoria

Acabaría perdida y pesada

Entre las líneas de colores de la alfombra.

Volvió a buscar a su comadre la hormiga para aplastarla bajo su
pie

Pero había emigrado en el espacio vacío

Nunca más, nadie, sabría nada de ese bicho estúpidamente
laborioso.

Y se puso a escribir, sabiéndose peregrina desorientada.

Julia Guzmán



El concierto de Año Nuevo

Allí estaba Carlos, delante del televisor, llorando, una vez más, como un gilipollas, escuchando el concierto de Año Nuevo de la Filarmónica de Berlín. Le sucedía todos los años desde que murió su padre. Años atrás siempre se sentaba junto a él cada primero de enero para escuchar el correspondiente concierto. Era la única vez al año que su padre escuchaba música clásica. Lo hacía con cierta devoción, respeto y admiración. Al principio esa actitud le tuvo a Carlos algo desconcertado, pero había decidido acompañarle sin hacer ninguna pregunta que pudiera incomodarle. Con los años aquello se convirtió en un rito incuestionable al que se entregaba con entusiasmo. Desde que muriera su padre no había dejado de cumplir con él, cada día de Año Nuevo volvía a habitar en su propia memoria, encendía la tele, sintonizaba el canal 2 de rtve, se sentaba enfrente, en el sofá tras dejar a su lado un sitio, como si lo reservara para su padre y disfrutaba del concierto, aunque tras escuchar el Danubio Azul empezaba a sentirse frágil y ya al finalizar con la marcha Radetzky, se desmoronaba y sus ojos se inundaban de lágrimas haciendo grandes esfuerzos para ocultarlas a los demás, incluso a su mujer.

Las circunstancias de este año lo habían hecho algo especial. Su mujer estaba con Covid aislada en su habitación con algo de fiebre y tos, él había empezado también a tener algunos síntomas compatibles con la odiosa enfermedad. Había decidido hacerse un test de antígenos pero antes vería el concierto que en esta ocasión dirigía Daniel Barenboim. Estaba completamente solo, tan sólo acompañado de su memoria.

De nuevo, al escuchar La marcha Radetzky las lágrimas acudieron a la cita anual. Esta vez no disimuló, las dejó correr por sus mejillas sin tratar de ocultarlas.

Se preguntaba cómo le era imposible escapar de aquella situación en que las lágrimas parecían convertirlo en un bobo pues ya habían pasado bastantes años desde el fallecimiento de su padre. No encontró una respuesta satisfactoria pero en vez de sentirse derrotado se dijo viniéndose arriba:

- “Ya a mi edad todo se me va gastando menos, por lo que parece, la sensibilidad”.

JARomán





Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:

tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad ni se financia mediante publicidad